

damente pálida, tenía la mirada incierta, los labios blancos y el semblante inexpresivo. Teresa no hallaba un hombre, ni un sér viviente siquiera, entre aquellas criaturas grotescas y siniestras con quienes estaba encerrada; y algunas veces, alucinada, creíase arrojada al fondo de un sepulcro, en compañía de cadáveres mecánicos, que movían la cabeza y agitaban las piernas y los brazos por medio de resortes. El aire denso del comedor la ahogaba; el silencio estremecedor y los fulgores amarillentos de la lámpara, la infundían espanto vago, angustia indefinible.

Habían colocado en la puerta de la tienda una campanilla, cuyo agudo sonido anunciaba la llegada de las parroquianas. Teresa prestaba atención, y cuando oía aquel timbre agudo, bajaba rápidamente, como aliviada, feliz, de dejar el comedor; despachaba despacio á la parroquiana, y quedando sola, sentábase detrás del mostrador, permaneciendo allí el mayor tiempo posible, temiendo subir, dichosa de no ver ante ella ni á Grivet ni á Olivier.

El aire húmedo de la tienda calmaba la fiebre que la enardecía, y se aletargaba nuevamente en aquella somnolencia pesada que era en ella peculiar.

No podía permanecer así mucho rato; Camilo se sublevaba con la ausencia de Teresa, y no comprendía que los jueves su mujer prefiriese la tienda al comedor. Entonces dejaba su asiento, asomábase por la escalera, buscando á su esposa con la mirada:

—¡Eh! ¡Teresa!—gritaba: ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no subes?... Grivet tiene una suerte endemoniada. ¡Acaba de ganarnos otra partida!

La pobre muchacha se levantaba penosamente, subía, ocupaba de nuevo su asiento en frente del viejo Michaud, cuyo labios colgantes dibujaban repugnantes sonrisas; y hasta las once, Teresa yacía allí, clavada en la silla, acariciando á «Francisco», el gato atigrado, para no ver los muñecos de cartón que gesticulaban á su alrededor.

El jueves, Camilo, al regresar de la oficina, fué á su casa en compañía de un mocetón alto, de anchas espaldas, á quien empujó en la tienda con ademán familiar.

—Madre—dijo á la señora Raquín, presentándosele,—¿reconoces á este caballero?

La anciana mercera miró al arrogante mancebo, trató de recordar algo, y no halló nada. Teresa observaba esta escena con aire plácido.

—¡Cómo!—repuso Camilo. ¿No cooces á Lorenzo, al pequeño Lorenzo, el hijo de aquel Lorenzo que tenía tan hermosos campos de trigo en el término de Jeufosse?... ¿Pero no te acuerdas?... Eramos compañeros de colegio y él venía á buscarme todas las mañanas al salir de casa de su tío que era vecino nuestro, y tú le dabas pan con confitura.

La señora Raquín se acordó súbitamente de aquel pequeño Lorenzo, á quien hallaba ahora muy crecido. Hacía veinte años que no le veía.

Quiso hacerle olvidar en breve su extraño recibimiento y le colmó de sonrisas y zalamerías maternales. El, sentándose, sonrió tranquilamente, contestando con voz clara y dirigiendo alrededor de sí plácidas y escudriñadoras miradas.

—Figuráos—añadió Camilo,—que este pícaro está empleado en la estación del camino de hierro de Orleans hace ya dieciocho meses, y no nos hemos encontrado y reconocido hasta esta noche. ¡Cuidado que es grande é importante esta administración!

Y al decir esto, el joven abría desmesuradamente los ojos mordiéndose los labios, orgulloso de ser una modesta rueda de aquella tan admirable máquina. Y continuó después, moviendo la cabeza:

—¡Oh! pero él goza de buena salud; ha estudiado, y gana ya mil quinientos francos anuales... ¡Como que su padre le puso en un colegio, estudió Derecho y aprendió la Pintura! ¿No es verdad, Lorenzo?... ¡Ea! ¡Hoy comes con nosotros!

—Bueno—respondió Lorenzo con la mayor fran-

queza. Dejó en el acto su sombrero instalándose en la tienda. La señora Raquín se retiró al punto para echar una ojeada á las cacerolas, y Teresa, que no había pronunciado todavía una palabra, miraba al recién llegado. Ella no había visto nunca á un hombre. Lorenzo, alto, fuerte, de rostro fresco, la causaba cierto asombro, y contemplaba, no sin admiración aquella frente angosta coronada de fuertes y crespos cabellos negros; aquellos pómulos hinchados, labios rojos, faz regular de sanguínea belleza; detúvose un instante su mirada en el cuello, aquel cuello ancho y corto, grueso y potente; luego púsose á considerar las manos, que él tenía puestas sobre las rodillas, los dedos parecían cuadrados; el puño cerrado era enorme y hubiese podido derribar á un buey. Lorenzo era un verdadero hijo de campesino, de aspecto algo rudo, con la espalda un poco encorvada, los movimientos pesados y precisos y el aire tranquilo del testarudo; adivinábase bajo su vestido un cuerpo de músculos redondos y desarrollados, todo el cuerpo de carne maciza y fuerte.

Teresa le examinaba con curiosidad desde el rostro á las manos, y sentía como débiles estremecimientos cuando sus ojos se fijaban en aquel cuello de toro.

Camilo enseñó sus volúmenes de Buffón y sus entregas de novelas á diez céntimos, para demostrar á su amigo que él también trabajaba, y enseguida, como respondiendo á una pregunta dirigida á sí mismo, dijo á Lorenzo:

—Pero, hombre, ¿tú debes conocer á mi mujer? ¿No te acuerdas de aquella primita mía que jugaba con nosotros en Vernón?

—Sí, he reconocido perfectamente á esta señora, —respondió Lorenzo mirando de frente á Teresa.

Aquella mirada recta y tenaz, que parecía querer penetrar en su alma, causó en la joven cierto malestar: sonrió forzosamente, y se apresuró á levantarse para ir al encuentro de su tía. Estaba inquieta.

Sentáronse á la mesa, y apenas se hubo servido la

sopa, Camilo creyó oportuno hacer los honores en toda regla á su amigo y le preguntó:

—¿Cómo está tu padre?

—No lo sé—repuso Lorenzo.—Estamos reñidos; hace ya cinco años que no nos escribimos...

—¡Ah!—exclamó el empleado, lleno de asombro ante tamaña monstruosidad.

—Lo que oyes. El buen hombre tiene ideas muy originales. Como está pleiteando continuamente con sus vecinos, me puso en el colegio, soñando acaso que yo había de ser más tarde un abogado excelente para ganarle todos sus litigios... ¡Oh, el buen padre Lorenzo, sólo tiene ambiciones útiles y quiere sacar partido hasta de sus locuras!

—¿Y tú no quisiste ser abogado?—dijo Camilo cada vez más asombrado.

—¡Claro que no!—respondió riendo Lorenzo.—Durante dos años le hice creer que seguía los cursos académicos para coger la pensión de mil doscientos francos que me pasaba. Vivía con uno de mis compañeros de colegio, que es pintor, y me puse á pintar. Esto me divertía. Es un oficio agradable y poco fatigoso. Pasábamos todo el día fumando y charlando...

La familia Raquín escuchábale con asombro.

—Por desgracia—continuó Lorenzo,—aquello no podía durar mucho; mi padre supo que yo le engañaba y me suprimió en el acto los cien francos mensuales, invitándome á regresar á mi pueblo á cavar la tierra en su compañía. Entonces intenté pintar cuadros religiosos. ¡Mal negocio! Vi claramente que cualquier día me iba á morir de hambre; envié el arte á paseo y busqué un empleo... Pero mi padre se muere cualquier día, y á eso espero para vivir sin trabajar.

Lorenzo hablaba con voz serena. En pocas palabras había contado una historia característica, que le retrataba de cuerpo entero. Era perezoso, con apetitos insaciables y deseos comprimidos de fruiciones fáciles y duraderas. Aquel poderoso cuerpo sólo anhelaba no hacer nada, arrastrarse en la ociosidad y en perpetua hartura; él hubiera querido

comer bien, dormir largas horas y satisfacer cumplidamente sus pasiones, sin mudarse de sitio ni exponerse á una fatiga cualquiera.

La profesión de abogado le asustaba, y temblaba ante la idea de cavar la tierra; echóse en brazos del arte, esperando encontrar en él un oficio de holgazán, porque el pincel le parecía un instrumento fácil de manejar, y confiaba en obtener un éxito rápido; aspiraba, pues, á una vida de voluptuosidades baratas, á una hermosa vida de conquistas, de descanso en mullidos divanes, de juegos y borracheras. Duróle este delicioso ensueño mientras su padre le envió los escudos; pero, después, á los treinta años de edad, cuando vió la miseria en el horizonte, el joven reflexionó; se sentía cobarde ante las privaciones, y seguramente no hubiera aceptado un día sin pan en aras de la gloria más grande del arte. Como lo dijo, envió la pintura al diablo cuando comprendió que no había de bastar para satisfacer sus apetitos. Sus primeros ensayos fueron poco afortunados, su ojo de labrador no sabía apreciar la naturaleza, sus lienzos eran borrosos, mal dibujados, verdaderamente burlescos; él mismo no presumía de artista, y le importó muy poco verse obligado á tirar los pinceles. Sólo sentía, en realidad, tener que dejar el taller de su camarada de colegio, aquel espacioso taller donde había gozado de tantos deleites por espacio de tres ó cuatro años; deploraba también alejarse de las mujeres que iban allí á servir de modelos, y cuyos caprichos estaban al alcance de su bolsa; y todo aquel mundo de placeres brutales le creó ardientes deseos, exigencias de carne. Hallóse mejor con su oficio de empleado, viviendo al día, como un bruto, sin fatigarse, adormeciendo su espíritu. Sólo dos cosas le irritaban: la carencia de mujeres y verse precisado á comer en fondas de á noventa céntimos el cubierto, sin saciar los apetitos glotones de su estómago.

Camilo le oía y le miraba con imbécil extrañeza, porque aquel débil muchacho, cuyo cuerpo raquítico y miserable no había experimentado jamás una

sacudida de deseo, soñaba puerilmente en aquella vida de taller de que le hablaba su amigo. Soñaba con aquellas mujeres que sin vergüenza descubren sus carnes.

—Pero di—exclamó,—¿y es verdad que hay mujeres que se han quitado la camisa ante tus ojos?

—¡Sí, hombre, sí!—respondió Lorenzo sonriendo mirando á Teresa, que palideció.

—¡Eso debe causar un efecto singular!—dijo Camilo, riendo como un niño...—¡Yo me hubiera turbado! La primera vez te quedarías como atontado.

Lorenzo tenía abiertas las manos; se crisparon sus dedos y sus mejillas se arrebolaron.

—La primera vez—replicó, como hablándose á sí mismo,—yo creo que encontré aquello muy natural... ¡Es muy divertido ese diablo de arte! Pero no se gana un céntimo... Tuve por modelo una rubia adorable: carnes duras y brillantes, pecho soberbio, caderas extraordinarias...

Lorenzo alzó la frente, y vió á Teresa muda é inmóvil; la joven le miraba con fijeza ardiente; sus ojos, de un negro mate, parecían dos agujeros sin fondo, por sus labios entreabiertos divisábanse sonrosados resplandores en su boca; hallábase como anonadada, reconcentrada en sí misma y escuchando.

Las miradas de Lorenzo se dirigieron de Teresa á Camilo, y el antiguo pintor reluvo una sonrisa, acabando la frase con un ademán expresivo y obscuro, que la joven siguió con la vista.

Comían los postres y la señora Raquín acababa de bajar á la tienda para atender á una parroquiana.

Cuando fué retirado el mantel, Lorenzo, que parecía distraído desde hacía algunos minutos, se dirigió bruscamente á Camilo y le dijo:

—¡Vaya! ¡Es necesario que yo te retrate!

La señora Raquín y Camilo aceptaron con júbilo el ofrecimiento. Teresa permaneció silenciosa.

—Como estamos en verano—añadió Lorenzo,—y salimos de la oficina á las cuatro, podrás venir

aquí y trabajar durante dos horas, al anochecer. Es cuestión de ocho días.

—¡Conforme!—exclamó Camilo en el colmo de la alegría.—Y comerás con nosotros. Yo me haré rizar el pelo y me pondré la levita negra.

Daban las ocho: Grivet y Michaud llegaron, y poco después entraban Olivier y susana.

Camilo presentó su amigo á la reunión, y Grivet encogió sus labios; detestaba desde luego á Lorenzo, cuyo sueldo había subido, según él, muy deprisa. Además la introducción de un nuevo invitado era asunto serio: los huéspedes de los Raquín habían de recibir forzosamente con frialdad á un desconocido.

Lorenzo, comprendiendo su situación, se condujo como un buen muchacho; quiso agradar, para que le aceptasen benévolamente desde la primera noche, y contó divertidas historietas, alegró la velada con sus risotadas, y granjeóse, en efecto, la amistad del mismo Grivet.

Teresa no intentó aquella noche bajar á la tienda, permaneciendo clavada en su silla hasta las once, jugando y hablando, aunque procuraba evitar las miradas de Lorenzo, que tampoco se acordaba de ella para nada; pero el aspecto de aquel muchacho, su viril naturaleza, su voz ruda, sus sonoras carcajadas, y el olorcillo acre y voluptuoso que se desprendía de todo su sér, habían turbado á Teresa y dejaban en su corazón una especie de angustia nerviosa.

## VI

Lorenzo fué desde aquel día todas las tardes á casa de los Raquín. Vivía en la calle de Saint-Victor, enfrente del Por-aux-Vins, en un pequeño gabinete amueblado, que le costaba dieciocho francos mensuales, y este gabinete buhardilla, agujereado en el techo por una ventanuca que miraba al cielo, tenía apenas seis metros cuadrados. Lorenzo entraba allí lo más tarde que podía; antes de encontrar á Camilo, como no tenía dinero para ir á

recostarse en los banquillos de los cafés, quedábase largo tiempo en la lechería donde cenaba, y fumaba de sobremesa algunas pipas, saboreando un ponche de café que le costaba quince céntimos. Después se dirigía lentamente hacia la calle Saint-Victor, paseando por los muelles, y sentándose á veces en los bancos, cuando el tiempo era apacible.

La tienda del pasaje del Pont-Neuf fué para él un apeadero encantador, caliente, tranquilo, nutrido de palabras y atenciones cariñosas; economizó, por lo tanto, los quince céntimos del ponche, y bebía, en cambio, con delicia de goloso, el rico té de la señora Raquín, permaneciendo allí hasta las diez de la noche, medio adormecido, digeriendo, como si estuviese en su propia casa. Sólo se marchaba después de haber ayudado á Camilo á cerrar la tienda.

Una tarde trajo su caballete y su caja de colores, porque desde el día siguiente iba á empezar el retrato de Camilo. Compró un lienzo, preparólo en el mismo cuarto de los esposos, porque en él á su entender, había más claridad, y dió principio á su trabajo.

Necesitó tres sesiones para delinear la cabeza; arrastraba con cuidado el lápiz sobre el lienzo, trazando líneas muy finas, y el dibujo rígido y seco recordaba de una manera grotesca el de los maestros primitivos. Copió el rostro de Camilo como un principiante copia una muestra en la academia, con mano trémula, con torpe exactitud, dando á la figura extraño aspecto de enfado. Al cuarto día puso ya los colores en la paleta, y empezó á pasar la punta de sus pinceles por el lienzo, dejando brochazos sucios, cortos y apretados, como si pintase con lápiz.

Al concluir la sesión, Camilo y la señora Raquín se extasiaba ante el futuro retrato. Lorenzo decía que era necesario esperar, que el parecido saldría pronto.

Teresa, desde que se dió principio al retrato, no salía del cuarto, convertido en taller; con el

*Teresa Raquin—3*

pretexto más insignificante, dejaba sola á su tía detrás del mostrador, ganaba la escalera y olvidábase de todo viendo pintar á Lorenzo.

Siempre grave, sofocada, pero más pálida y muda, sentábase y seguía la obra de los pinceles, aunque semejante espectáculo no la divertiera mucho; sin embargo, iba á aquel sitio como atraída por una fuerza irresistible, y quedábase allí como clavada. Lorenzo se volvía algunas veces hacia ella, sonriendo, preguntándola si el retrato era de su agrado; y la joven, casi temblando, apenas respondía, y al punto caía otra vez en su éxtasis de recogimiento.

Lorenzo, cuando regresaba por la noche á su casa de la calle Saint-Victor, reflexionaba largamente, y discutía consigo mismo, preguntándose si le vendría ó no ser amante de Teresa.

—¡He ahí!—murmuraba,—una mujercita que será mi amante cuando yo quiera! Es claro; está siempre allí, á mi espalda, examinándome, midiéndome, pesándome... Se estremece si la miro, y tiene un rostro singular, mudo, apasionado... ¡A buen seguro que necesita un amante! Esto se ve en sus ojos. Y además, es preciso confesar que Camilo es un pobre diablo.

Y Lorenzo se reía, recordando la escuálida figura de su amigo.

—¡Se fastidia en esa tienda!—continuaba.—Yo voy allí porque no sé dónde ir, que si lo supiese, no me cogerían muchas veces en el pasaje del Pont-Neuf. ¡Qué húmedo, qué triste es aquello! Una mujer debe morir allí dentro... Estoy seguro de que le agrado, ¿por qué no ha de ser para mí antes que para otro?

Parábase sonriendo con fatua vanidad y, abstraído, miraba la corriente del Sena.

—¡Qué diablo! ¡Tanto peor para él!—exclamaba.—En la primera ocasión la doy un abrazo... ¡Apuesto cualquier cosa á que se deja caer en mis brazos!...

Proseguía lentamente su camino y volvía á detenerse indeciso.

—¡Cuidado que es fea!—pensaba.—Tiene la nariz

larga y la boca grande; lo que es yo, no la amo. Tal vez me costará esto algún enredo desagradable. ¡Hay que pensarlo!

Y como era muy prudente, dió vueltas en su cabeza á todos estos pensamientos durante una interminable semana. Calculó con frialdad todos los incidentes que podían surgir de un compromiso con Teresa, decidiéndose, por último, á intentar la aventura, cuando logró demostrarse á sí mismo que tenía, en efecto, un interés real en acometerla.

Teresa, en verdad, era fea, según él, y no la amaba; pero en cambio era una mujer que no le había de costar dinero: las mujeres que él compraba á vil precio no eran más bellas ni más amadas; luego la economía le aconsejaba cortejar á la esposa de su amigo. Y reflexionando bien, ¿por qué habían de traer malas consecuencias sus relaciones con Teresa? Teresa misma tendría interés en ocultarlas, y, por otra parte, podría dejarla cuando quisiese; luego, aun admitiendo que Camilo pudiera descubrirlo todo y se incomodase, él tenía buenos puños para acabar con su adversario. En fin, el asunto, mirándolo por cualquier lado, se le ofrecía tentador y fácil.

Desde entonces, decidido ya, vivió, acechando el momento oportuno. Veía en el porvenir, gratas veladas en medio de un ambiente tibio; veía á todos los individuos de la familia Raquín trabajando de consuno para proporcionarle placeres; á Teresa calmando la sed de su temperamento ardiente; á la señora Raquín prodigándole caricias maternales; á Camilo, en fin, dándole conversación por la noche en la tienda, todo lo cual le impediría aburrirse demasiado.

El retrato se acababa, y las ocasiones aun no se habían presentado. Teresa estaba siempre allí, como agobiada, pero Camilo no salía de la estancia, y Lorenzo se desesperaba, viendo que no podía alejarle ni siquiera durante una hora. Fué empero menester declarar que el retrato quedaría terminado en la tarde del día siguiente, y la señora Raquín

anunció que, para celebrar la obra del pintor, comerían todos reunidos.

Al día siguiente, en efecto, cuando Lorenzo dió en el lienzo la última pincelada, la familia se reunió para contemplar el parecido; el retrato era in-noble, de un color gris sucio con manchas violá-ceas, porque Lorenzo no podía emplear los colores más brillantes sin que apareciesen duros y como fangosos: había exagerado á pesar suyo el color amarillento de su modelo, y el rostro de Camilo asemejábase á la verdosa faz de un ahogado; el dibujo burlesco exageraba los rasgos, y era por lo mismo el siniestro parecido más notable. Pero Camilo estaba encantado, y decía que el retrato le daba cierto aire de distinción. Cuando se cansó de contemplar su figura, declaró que iba á buscar dos botellas de vino de Champagne.

La señora Raquín volvió á bajar á la tienda, y el artista quedó solo con Teresa.

La joven había permanecido acurrucada en su asiento, mirando con vaguedad lo que tenía delante, estremeciéndose sin saber por qué. Lorenzo titubeó; miraba al lienzo y jugaba con los pinceles. Pero el tiempo urgía; Camilo iba á volver y tal vez aquella ocasión no volvería á presentarse. El pintor se volvió bruscamente, y hallóse frente á frente con Teresa; los dos se contemplaron durante algunos segundos. Con rápido movimiento, Lorenzo se inclinó hacia la joven, abrazóla contra su pecho, acercó su cabeza á la suya y aplastó sus labios sobre los de ella. Teresa tuvo de momento un fiero arrebató de resistencia contra aquel acto audaz, pero de repente se abandonó, y dejóse caer al suelo, sobre el mismo enladrillado. No cambiaron una sola palabra. El acto fué silencioso y brutal.

## VII

Desde aquel momento, los dos amantes consideraron su amor como necesario, fatal, naturalísimo; tuteáronse en su primera entrevista, abrazándose libremente, sin rubor, como si su intimidad

fuese antigua. Vivían con el mayor abandono, en su nueva situación, con tranquilidad é impudencia perfectas.

Arreglaron sus citas. Como Teresa no podía salir, decidióse que Lorenzo iría á verla, y la joven explicó á su amado con voz serena y perfecta tranquilidad el medio para lograrlo: las entrevistas se verificarían en el mismo cuarto del matrimonio; el amante subiría por la escalera que daba al pasaje; Teresa le abriría la puerta. En aquellas ocasiones, Camilo estaría en el escritorio, y la señora Raquín en la tienda. Estos alardes de audacia habían de dar éxito.

Lorenzo aceptó, porque tenía, á pesar de su prudencia, una especie de temeridad brutal: la temeridad del hombre que tiene fuertes puños. El aspecto grave y la calma perfecta de su amada le impulsaban á saborear los ardientes goces de una pasión ofrecida con tanta osadía. Habiendo inventado un pretexto, obtuvo de su jefe permiso para ausentarse de la oficina durante dos horas y se dirigió al pasaje del Pont-Neuf.

En cuanto puso el pie en el pasaje, sentíase excitado por ardorosas voluptuosidades; la vendedora de joyas falsas estaba sentada en frente del postigo por donde él debía entrar, y fué necesario esperar á que llegase alguna joven obrera en busca de sortijas ó pendientes de cobre. Entonces, rápidamente, Lorenzo penetró en el pasillo y subió la angosta y obscura escalera apoyándose en las paredes húmedas. Sus pies tropezaban con los pedazos de piedra, y al ruido que producía cada tropiezo sentía como una quemadura que le taladraba el pecho. Abrióse una puerta. En el umbral, en medio del blanquecino resplandor, divisó á Teresa, con chambra, en enaguas, radiante, con su negra cabellera fuertemente anudada por detrás de la cabeza. Ella cerró la puerta y echóle los brazos al cuello. El se embriagaba en los tibios effluvios que despedían la ropa blanca y la carne recientemente lavada.

Lorenzo, asombrado, encontraba á su querida

bella. Nunca había visto así á Teresa; ella, dulce y enérgica á la vez, le estrechaba entre sus brazos, echando su cabeza hacia atrás, iluminado su semblante por encendidos relámpagos y sonrisas de pasión. Aquel rostro de amante se transfiguraba y tenía aspecto de loca acariciadora; estaba radiante con sus ojos vividos y sus labios húmedos; retorciéndose, voluptuosa, parecía en realidad hermosa, con una hermosura de apasionado arrebaló; hubiérase dicho que su rostro se abrasaba por dentro y que de su carne brotaban llamas. Su sangre que ardía, sus nervios que se dilataban despedían en redor suyo como efluvios tibios y un aire acre y penetrante. Al primer beso, aquella mujer revelóse cortesana. Su cuerpo sediento de goces revolcábase en la voluptuosidad; despertaba de un sueño y nacía á la vida de la pasión; pasaba de los brazos débiles de Camilo á los brazos vigorosos de Lorenzo. Este rozamiento con un hombre potente le daba brusca sacudida que sacudía el sueño de su carne; todos sus instintos de mujer nerviosa estallaron con violencia inaudita: la sangre de su madre, aquella sangre africana que ardía en sus venas, empezó á correr violentamente, á balir con furia en su cuerpo delgado y casi virginal, y ella se mostraba y entregaba con impudor soberano y grosero, agitándola, de la cabeza á los pies, escalofríos de deleite.

Jamás había visto Lorenzo mujer semejante, y estaba sorprendido; sus amantes no le recibían con tanto ímpetu: recordaba sus besos fríos é indiferentes y aquella impetuosidad salvaje, aquellas crisis arrebatadoras de Teresa casi le espantaron irritando á la vez sus curiosidades voluptuosas. Cuando dejó á Teresa tambaleábase como un borracho.

Al día siguiente, más tranquilo, preguntábase si debía volver á visitar á una mujer cuyos besos le producían fiebre, y decidió, primero, terminantemente quedarse en su casa. Después empezó á dudar: quería olvidarlo todo, no ver más á Teresa en su desnudez, con sus caricias dulces y brutales

y, sin embargo, la veía siempre; estaba allí, ante sus ojos, implacable, tendiéndole los brazos. El sufrimiento físico que le causaba semejante espectáculo le era intolerable.

Cedió, aceptó otra cita y volvió al pasaje del Pont-Neuf.

Teresa, á contar desde aquel día, halló su verdadera vida; Lorenzo no la aceptaba aún, pero la sufría; tenía horas de espanto y momentos de prudencia y su temor caían derrotados á impulsos de sus deseos, y las citas se repitieron y las entrevistas se multiplicaron.

Teresa no conocía tales dudas: entregábase á él sin reserva, dirigiéndose sin torcer el camino hacia donde su pasión le llevaba. Esta mujer que las circunstancias habían adormecido, despertábase por fin, erguíase desnudo todo su sér y conocía la vida.

Muchas veces pasaba sus brazos alrededor del cuello de Lorenzo y estrechándole con fuerza sobre su seno, le decía con voz trémula:

—¡Oh! ¡Si supieses cuánto he sufrido! Me han criado en el ambiente húmedo y tibio de la alcoba de un enfermo, y dormía con Camilo; por la noche, yo me alejaba de él, huyendo del asqueroso olor que despedía su cuerpo. Era malo y terco: no quería tomar los medicamentos que yo rehusaba compartir con él, y por complacer á mi tía, me doblegaba á comer todas las drogas que le administraban. No sé cómo no he muerto... Ellos hicieronme volver fea, pobre amigo mío, ellos me lo han robado todo y tú no puedes amarme como yo te amo.

Lloraba amargamente, abrazaba á Lorenzo, y proseguía con voz rencorosa:

—No les deseo ningún mal. Ellos me han educado, me han recogido y evitado que conociese la miseria... pero yo hubiera preferido el abandono á su hospitalidad; sí, porque tenía ardiente é imperiosa necesidad de aire libre; niña aún, yo soñaba con correr por los caminos, los pies descalzos entre el polvo, pidiendo limosna, llevando vida de bohemia. Se me ha dicho que mi madre era hija de

un jefe de tribu en Africa, y yo he pensado en ella muchas veces, y he comprendido que la pertenecía por la sangre y por el instinto, y he deseado vivamente no haberla perdido nunca, y atravesar con ella los inmensos arenales, colgada á su espalda... ¡Ah, qué juventud! Todavía me estremezco de repugnancia y me sublevo pensando en las eternas jornadas que pasé en el cuarto donde boqueaba Camilo: yo estaba acurrucada en frente de la chimenea, mirando estúpidamente cómo hervían las tisanas, sintiendo mis miembros entumecidos. Ni aun mover se me dejaba, porque mi tía refunfuñaba cuando yo hacía algún ruido... Más tarde he gozado algunas horas de alegría en nuestra casita de la orilla del río, pero yo estaba casi boba, apenas sabía andar y me caía al correr; después me enteraron viva en esta innoble tienda.

Teresa respiraba entonces fuertemente, apretaba aún más á su amante, y las tenues y suaves ventanas de su nariz tiritaban con latidos nerviosos.

—Tú no puedes saber—añadía, cuán mala me han hecho. Por ellos soy mentirosa y soy hipócrita...; ellos me han ahogado en su plácida quietud y me asombro de que quede todavía sangre en mis venas... Bajé los ojos, dí á mi semblante una expresión indiferente de tristeza é imbecilidad, y he arrastrado la misma existencia muerta que ellos arrastraban. Cuando tú me has visto ¿no es verdad? yo tenía el aspecto de una bestia, estaba grave, aplastada, embrutecida, porque no espera nada, y pensaba fríamente en arrojarme un día al Sena... Pero antes de tal decaimiento, cuántas noches de cólera he sufrido allá en Vernón, en mi triste cuarto: mordía la almohada para sofocar mis gritos, me golpeaba, me trataba yo misma de cobarde; la sangre me hervía, y hubiera querido desgarrarme el cuerpo. Dos veces intenté huir, marchar muy lejos, al sol, y me faltó valor; ellos me habían transformado en bestia dócil con su torpe benevolencia y su inaguantable ternura. Entonces aprendí á mentir, y he mentado siempre. Por eso me quedé,

soñando con herir y morder, pero plácida, silenciosa.

Callaba la joven, enjugando en el cogote de Lorenzo sus labios húmedos, y añadía tras un rato de silencio:

—No sé por qué he consentido en casarme con Camilo, y no he protestado por indiferencia desdofiosa.

Ese niño me causaba compasión: cuando yo jugaba con él, sentía que mis dedos se hundían en sus músculos como en la arcilla. Me he casado con él porque mi tía me lo ofreció, y yo decidí conformarme: pero he vuelto á encontrar en mi marido al mismo niño enfermizo con quien había ya dormido á los seis años: es todavía el mismo, tan débil, tan quejoso, con su olor repugnante de enfermo, que tanto me asqueaba... ¡Te digo todo esto para que no seas celoso!... El asco me subía hasta la garganta, acordábame de las drogas que yo había tomado, apartábame de él y pasaba noches terribles... ¡Pero tú! ¡tú!...

Y Teresa se erguía, doblándose hacia atrás, cogidos sus dedos en las gruesas manos de Lorenzo, y miraba sus anchos hombros y su cuello enorme...

—¡Tú!—repetía. ¡Te amo! ¡Te he amado desde el instante en que Camilo te trajo aquí!... Tú no me aprecias acaso, porque me he entregado de repente, de una vez...; y en verdad, que no sé cómo ha sucedido esto, porque soy altiva, de temperamento arrebatado... El primer día, cuando me abrazaste; cuando me tiraste al suelo en este cuarto, hubiera querido pegarte... Yo ignoro cómo te amaba, porque más bien aborrecía... Sí, te aborrecía porque tu presencia me irritaba, me hacía sufrir, y cuando estabas aquí, dilatábanse mis nervios hasta romperse, se ahuecaba mi cabeza, mis ojos lo veían todo rojo... ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! Y, sin embargo, anhelaba este sufrimiento y deseaba que vinieras, y daba vueltas alrededor de tu silla para hallarme bajo las ráfagas de tu aliento, para rozar mi vestido con el tuyo... Parecíame que tu sangre me lanzaba efluvios de calor al acercarme

30799

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X el Magnífico"  
1825 MONTAÑANES, 45

á ti, y la especie de nube ardiente en que me envolvías, me llevaba y retenía junto á ti, á pesar de mi muda é interna resistencia... ¿Te acuerdas de cuando pintabas aquí? Una fuerza fatal me llevaba á tu lado, y yo respiraba con crueles delicias el aire que tú respirabas: comprendía que aquello era como acechar tus besos, avergonzábame de mi esclavitud, comprendía que iba á caer en el momento mismo en que tú me tocases; pero me rendí por entero á mis desfallecimientos y tiritaba de frío, esperando á que quisieses abrir tus brazos para recibirme en ellos.

Y entonces Teresa callaba, estremecida, orgullosa y vengada. Apretaba contra su pecho á Lorenzo, que estaba como ebrio, y en aquel cuarto desnudo y glacial, ocurrían escenas de pasión ardiente, de brutalidad siniestra. Cada nueva entrevista les conducía á crisis más fogosas.

La mujer parecía gozar de sus mismos arranques de audacia y de imprudencia; no tenía un instante de vacilación ni una sombra de miedo; arrojábase en el adulterio con franqueza enérgica, desafiando al peligro, y envaneciéndose de desafiarle. Cuando se acercaba la hora de venir su amante, ella, por toda precaución, anunciaba á su tía que se iba á descansar un rato; mas en cuanto Lorenzo llegaba, olvidábase de todo por él, y andaba, hablaba, obrando rotundamente, sin cuidarse de evitar el ruido.

A tal extremo, que al principio de sus relaciones, Lorenzo se asustaba.

—¡Por Dios!—decía en voz baja á Teresa.—No hagas tanto ruido. Va á subir la señora Raquín.

—¡Bah!—respondía ella sonriendo.—Tiemblas por nada... Está abajo, cosida al mostrador... ¿Qué quieres que haga aquí? Tiene miedo de que roben la tienda... Además, que suba, si quiere: te ocultarás... qué me importa ella. ¡Te amo!

Estas palabras no tranquilizaban á Lorenzo, cuya prudencia no había sido adormecida aún por la pasión; mas pronto aceptó por hábito y sin terror, los atrevimientos de aquellas citas en pleno día, en el mismo cuarto de Camilo y á dos pasos de la

vieja mercera. Su querida le repetía con frecuencia que el peligro perdona á los que tienen valor para afrontarle, y tenía razón. Nunca los amantes hubieran podido hallar sitio más seguro que aquel cuarto á donde nadie iría á buscarles. Allí satisfacían su amor con la más absoluta é increíble tranquilidad.

Un día, sin embargo, la señora Raquín subió, temiendo que su sobrina se hubiese puesto enferma: ¡hacia ya tres horas que la joven estaba arriba! La audacia de Teresa llegaba hasta el extremo de no echar el cerrojo de la puerta que comunicaba con el comedor.

Cuando Lorenzo oyó los pasos pesados de la vieja mercera, que resonaban en la escalera de madera, se turbó, y buscó presuroso su chaleco y su sombrero, mientras Teresa se reía de la singular expresión de miedo que veía reflejarse en su semblante; cogióle del brazo con fuerza, le obligó á acurrucarse al pie de la cama, en un rincón, y le dijo en voz baja y serena:

—Estáte ahí... No te muevas...

Arrojó sobre él sus vestidos de hombre que tapó con una enagua blanca, y con la mayor calma y tranquilidad, acostóse en seguida, despeinada, casi desnuda, y con el semblante aun encendido.

La señora Raquín entró: abrió suavemente la puerta y aproximóse á la cama, procurando ahogar el ruido de sus pasos. La joven figuraba dormir, y Lorenzo sudaba la gota gorda escondido debajo de la enagua.

—Teresa,—preguntó la tendera con solicitud,—¿estás enferma, hija mía?

Teresa abrió los ojos, bostezó, revolvióse en el lecho, y repuso con voz lastimera que tenía una jaqueca espantosa... suplicando á su tía que la dejase dormir. La buena señora Raquín se fué como había entrado, sin hacer el menor ruido. Los dos amantes, riendo en silencio, se abrazaron con apasionada violencia.

—¡Ya lo ves!—dijo Teresa triunfante.—No tene-

mos que temer nada, porque estas gentes son ciegas: ¡No aman!...

Otro día la joven tuvo una idea rara; porque en ocasiones, cual si estuviera loca, deliraba.

El gato atigrado «Francisco», estaba sentado en medio de la sala, grave, inmóvil, mirando con sus ojos redondos á los dos amantes; parecía que les examinaba con atención, sin mover los párpados, sumido en una especie de éxtasis diabólico.

—Mira á «Francisco»,—dijo Teresa á Lorenzo. —¡Diríase que lo entiende todo, y que esta noche va á contárselo á Camilo! ¡Vaya!... Sería de ver que este animal se pusiese á hablar en la tienda cualquier día. ¡Buenas historias sabe de nosotros! La idea de que pudiese hablar el gato, divirtió singularmente á la joven.

Lorenzo miró los grandes ojos verdes del animalito, y sintió calofríos en la epidermis.

—¡Mira lo que haría!—añadió Teresa.—Se pondría de pie, en el centro de la tienda, y señalándome á mí con una pata y á tí con la otra, exclamaría: «Este caballero y esta señora se abrazan fuertemente en el cuarto de allá arriba, y no han desconfiado de mí; pero como su criminal amor me disgusta, os ruego que les hagáis encarcelar á los dos. Así no volverán á turbar mi siesta».

Teresa bromeaba como una niña: imitaba los gestos del gato, alargaba los dedos á manera de garras, encogíase de hombros con ondulaciones felinas. «Francisco» guardando inmovilidad de piedra, la contemplaba; solo sus ojos parecían tener vida; en los extremos de su boca veíanse como dos pliegues profundos que parecían un amago de risa en aquella cabeza de gato diseado.

Lorenzo tenía frío hasta en los huesos, y calificaba de ridícula aquella burla de Teresa: levantóse, y echó al gato fuera. La verdad es que tenía miedo. Su amante no le poseía por completo: quedaba en el fondo del corazón de Lorenzo un poco del malestar experimentó el primer día al recibir las caricias de Teresa.

## VIII

Por la noche, en la tienda, Lorenzo era perfectamente feliz. Solía volver de la oficina con Camilo.

La señora Raquín le profesaba ya cariño verdaderamente maternal; sabía que no estaba bien acomodado, que comía mal, que dormía en una miserable buhardilla, y le dijo, de una vez para siempre, que en la mesa de su casa habría invariablemente un cubierto para él. Amaba á aquel chico con esa ternura franca que las mujeres ancianas suelen tener por sus paisanos, cuando éstos les recuerdan las alegrías del pasado. El joven usaba ampliamente de la hospitalidad; antes de llegar, al salir del despacho; daba con Camilo un paseo por los muelles, hablando de cosas indiferentes, pero fastidiándose menos que si estuviesen solos, y después se dirigían á casa, olfateando la sopa de la señora Raquín; Lorenzo abría la puerta de la tienda, sentábase á horcajadas sobre las sillas, fumaba y escupía, ni más ni menos que si estuviese en su propia casa.

La presencia de Teresa no le causaba ningún embarazo: trataba á la joven con amistosa lisonja, bromeaba con ella y la dirigía triviales galanterías, sin que se alterase lo más mínimo una línea de su rostro; y como ella respondía siempre con secos monosílabos, Camilo se reía, creyendo firmemente que los dos amantes se odiaban. Llegó una vez á reconvenir á Teresa por lo que él llamaba su frialdad para con Lorenzo.

Lorenzo había acertado: era el amante de la mujer, el amigo del marido y el niño mimado de la madre. ¡Jamás vivió con sus apetitos tan satisfechos, y se adormecía en el seno de los placeres sin cuento que le proporcionaba la familia Raquín! Por lo demás, su posición allí le parecía la más natural del mundo: tuteaba á Camilo, sin cólera y sin remordimientos, y ni siquiera se tomaba la molestia de vigilar sus gestos ni sus palabras, por hallarse bien seguro de su prudencia